

Miguel Hernández y la razón poética

Miguel Hernández and the Poetic Reason

Alfonso BERROCAL

Asociación Madrileña de Escritores y Críticos Literarios
aberrocalb@hotmail.com

Resumen: El presente artículo explora la relación de amistad entre el poeta Miguel Hernández y la filósofa María Zambrano a partir del poema que Hernández le dedicó a la pensadora y del artículo que ésta escribió sobre él. La relación entre ambos se aborda desde la óptica de presentar elementos poéticos determinantes en la configuración del pensamiento de María Zambrano. Todo ello con la finalidad de identificar como fuentes de la llamada «razón poética» la poesía española de las primeras décadas del siglo xx.

Palabras clave: Miguel Hernández, María Zambrano, Razón poética, Poesía española, Exilio.

Abstract: This article explores the friendship between the poet Miguel Hernández and the philosopher María Zambrano based on the poem that Hernández dedicated to the thinker and the

article she wrote about him. The relationship between the two is approached from the point of view of presenting decisive poetic elements in the configuration of María Zambrano's thought. All this with the aim of identifying Spanish poetry from the first decades of the 20th century as sources of the so-called "poetic reason".

Keywords: Miguel Hernández, María Zambrano, Poetic reason, Spanish poetry, Exile.

Fecha de recepción: 02/10/2019
Fecha de aceptación: 11/10/2019

Puede afirmarse que la poesía de Miguel Hernández presenta una serie de rasgos que son afines a la llamada razón poética no sólo desde el punto estético, sino también como parte de una de las fuentes a tener en cuenta en la configuración del pensamiento zambranio. Toda vez que ese emblema de «razón poética», que habitualmente usamos, pueda ser definido como la exigencia de una racionalidad capaz de asumir las formas en la que la poesía trata con lo real, para así reintegrar en el ser humano ese peculiar saber poético. Nos proponemos explorar un aspecto, uno de muchos posibles, de esa parte poética de la razón. Partimos de ese lugar en el que se entrecruza la reflexión filosófica con la crítica o la semblanza literaria, categorías siempre difuminadas por la propia escritura de María Zambrano, para situar a un poeta como Miguel Hernández. Un lugar delimitado también por una relación de amistad y un tiempo que, bajo el signo de la tragedia histórica, supuso, como sabemos, el exilio para uno y la cárcel y la muerte para el otro. Volvemos una vez más, si acaso, con algún elemento nuevo, a presentar las huellas que permiten reconstruir la amistad entre María Zambrano y Miguel Hernández, y que giran en torno a un poema y al artículo «Presencia de Miguel Hernández»¹.

Con toda probabilidad ambos se conocieron en la tertulia de la revista *Cruz y Raya*, que tenía lugar en la calle del General

¹ La amistad entre María Zambrano y Miguel Hernández ha sido ya tratada por nosotros en diversos lugares. Constituye un momento de mi tesis publicada *Poesía y filosofía: María Zambrano, la generación del 27 y Emilio Prados* (2011). E igualmente en el monográfico de la revista *Anthropos*. «Miguel Hernández. Una nueva visión de su creación poética y la pluralidad de sus contextos», n.º 220, Barcelona, 2008.

Mitre y es posible que fueran presentados por el propio José Bergamín. José Luis Ferris, biógrafo de Miguel Hernández, señala el primer encuentro entre ambos en el contexto del tercer viaje del poeta a Madrid, en julio de 1934. Los viajes de Hernández a Madrid, no sin vencer dificultades, e incluso, con un episodio de detención del poeta, como sabemos por su biografía, obedecen al propósito de establecerse en la capital para ejercer una actividad literaria de más amplio horizonte que la ofrecida por el eje Orihuela-Alicante (Ferris 2002). Este tercer viaje, a pesar de ser bastante breve, supuso no sólo el encuentro con María Zambrano sino también el inicio de una amistad, también propiciada Bergamín, con una figura determinante para Hernández como Pablo Neruda (Ferris 2002), a quien a menudo se apunta como una de las influencias decisivas en la evolución estética y política del poeta, sin ser, naturalmente, exclusiva. Pero el motivo fundamental de este viaje del año 1934 es la publicación en la revista *Cruz y Raya* del auto sacramental escrito por Hernández *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras* que en tres entregas correspondientes a los meses de julio, agosto y septiembre de ese mismo año que irá ofreciendo la revista (números 16, 17 y 18) y en torno al cual giran estos datos de encuentros, promesa de amistad y esperanza de situarse en Madrid. Al regresar a su Orihuela natal escribirá el poema «LA MORADA-amarilla», dedicado a María Zambrano. Cabe aducir, con Ferris, que la impresión que le pudo causar la pensadora en lo que seguramente fue un fugaz encuentro debió de ser, sin duda, notable. Desde luego en el acto de escribir un poema, dedicarlo y publicarlo un mes después de haberse conocido no es difícil reconocer la intención de querer estimular una amistad llamada a perdurar. Y así fue, al menos, hasta el desenlace de la guerra civil. En torno al año 1935, ya con Miguel Hernández en Madrid en una situación siempre

económicamente inestable, no sólo le vemos, según testimonio fotográfico, participar de actos literarios, entre quienes figura María Zambrano, como el homenaje a Vicente Aleixandre, otra amistad fundamental para Hernández, sino que sabemos que Miguel Hernández formaba parte del selecto grupo que cada domingo formaban la tertulia en casa de María Zambrano, en la plaza del Conde de Barajas. Así lo recuerda, por ejemplo, Camilo José Cela tanto en sus memorias como en sus cartas a nuestra filósofa. Una correspondencia que, entre otras cosas dará lugar a la colaboración de Zambrano en la revista *Papeles de Som Armadms* —que no se producirá hasta el año 1973—, y en la que el novelista se presenta en las primeras cartas evocando aquellas tertulias, así como la presencia constante de Miguel Hernández y otras figuras como Enrique Azcoaga Maruja Mallo o Arturo Serrano Plaja, uno de los artífices de la revista *Hora de España*².

Volviendo al poema en cuestión, este se publicó en el número 2 de la revista *El Gallo Crisis* (Virgen de agosto de 1934), dirigida por Ramón Sijé, como ya se ha dicho, apenas un mes después de haberse conocido. Se trata de un poema de claras connotaciones religiosas que tiene como núcleo temático la presentación de un cierto sentido eucarístico a partir de la contemplación del paisaje, la invocación a una Castilla resumida en la sensación de infinitud y trascendencia de las llanuras manchegas, donde ese sentido de comunión se presenta a través de figuras como la unión del cielo y la tierra, los símbolos tradicionales del pan y del vino, repetidos en la espiga y la vid, y acaso también en la apelación a la amiga en los versos finales:

² Vid. Camilo José Cela, *Correspondencia con el exilio*, Barcelona, Destino, 2009, pp. 31-97. Igualmente, en que se evocan aquellos años, así como la relación amorosa de Maruja Mallo, amante de Hernández y amiga de Zambrano en *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

¡Qué morada! Es Castilla:
 ¡qué morada! de Dios y ¡qué amarilla!
 ¡Qué solemne! Morada
 de Dios la tierra arada, enamorada,
 la una morada y verde la semilla
 [...]

 Páramo mondo: mondas majestades:
 mundo cielo: luz monda: mundo olivo:
 monda paz: y silencio mondo y vivo:
 [...]

 Pan y pan
 Vino y vino
 Dios y Dios
 [...]

 Y has de ser resumible ¡siempre! —Amiga—
 en un racimo, un cáliz y una espiga. (Hernández
 1973: 21-22)

No es un poema que podamos considerar ejemplar o característico en lo que a la producción hernandiana, en general, se refiere. Pertenece a un momento de creación movido por una inquietud religiosa. Su estatura literaria es acaso la propia de un poeta joven, en plena exploración de temas y formas, cuyo primer libro, *Perito en lunas*, apenas llevaba un año publicado. Es claro que las connotaciones místicas y paisajísticas del poema —quizá con algún matiz del castellanismo noventayochista— remedan de algún modo —no sin nervio y hechura poética propia— las que podrían ser más o menos típicas de las fuentes tradicionales de la poesía religiosa, especialmente las del Siglo de Oro. La propia destinataria, al referirse a él, apreció lo que tenía de ofrecimiento como un «don» pero no oculta que algo aparece desvanecido en el poema «como una sombra» sin la presencia de su autor, y concluye defendiendo su sentido

último como: «ansia de comunión, aquella incesante, imperativa necesidad de eucaristía compartida. Es decir, del reino, del *reino de Dios aquí en la tierra*» (2007: 185, el subrayado es nuestro). Con todo ello en cuenta, resulta —a nuestro juicio— excesivo que «LA MORADA-amarilla» haya sido calificado en términos semejantes a un «fascismo eucarístico» (Martín 2010: 236), por muy en cuenta que tengamos las determinaciones e influencias ideológicas del contexto oriolano y del medio conservador, inmovilista y católico en que se ubica el primer Hernández, y por mucho que éstas, merezcan, como merecen para Eutimio Martín, un juicio severo.

Más allá de sus inquietudes religiosas, e intentando comprender las circunstancias y detalles presentados por sus biógrafos, se desprende, claramente, que Miguel Hernández en sus primeros momentos literarios no podía contar con otras plataformas de expresión distintas de las que le brindaba el medio oriolano y alicantino, con toda su carga de tradicionalismo, y que estas le sirvieron en cierta medida para proyectarse a los ambientes madrileños. Incluso podemos afirmar que la influencia ideológica de ese mundo en el poeta no pasó, a nuestro modo de ver, de una influencia religiosa, por otra parte, culturalmente omnipresente en esos inicios del poeta. María Zambrano, por su parte, sí podría encontrarse en posición de introducir matices en ciertos ambientes. «Nunca quise fungir de tal [intelectual católico]. Ya te conté mi negativa a figurar en el consejo de *Cruz y Raya*, cuando Bergamín me lo pidió muy al principio» (2002: 18), le escribe en una carta a Agustín Andreu. Con ello, a lo largo de la vida de la revista, colaboró hasta en cinco ocasiones, entre los años 1933 y 1934. El propósito de renovar el espíritu del catolicismo desde una propuesta cultural —digamos— abierta y dialogante, no podría sino interesarle sumamente, del mismo modo que hubiera suscrito las palabras

con que mucho tiempo después se presentaba la revista como hija de «un tiempo agónico español» y heredera de Unamuno, Machado y Ortega y Gasset como «los verdaderos maestros del lenguaje espiritual que habló "Cruz y Raya"» (Bergamín 1974: 10), escritas por su director, José Bergamín, a quien le unió una larga amistad a través de las vicisitudes del exilio y del regreso. Incluso una serie de temas y figuras, son compartidos por ambos.

Según Ferris (2002: 206), a José Bergamín y a María Zambrano se deben algunas sugerencias para que el poeta se apartara del tipo de catolicismo «reaccionario» que representaba una revista como el *Gallo Crisis*, en un momento en que está próximo a instalarse en Madrid. De ser así, podríamos encontrar algo del tono y del contenido de las mismas cuando, años más tarde, María Zambrano escriba sobre Miguel Hernández. Por un lado, elogia la genuina y fraterna amistad que unió al poeta con Ramón Sijé, reconoce el magisterio e influencia de este sobre el poeta, pero al mismo tiempo se refiere a Sijé como:

[...] un esplendoroso talento, lleno de lucidez que se dejó llevar a esa especie de identificación entre el esplendor barroco con su cerrada unidad y la plenitud del catolicismo. Y esa identificación era muy de aquel momento, lo que no dejaba de producir una cierta retórica y una cierta 'ideología' encubridora de la plenitud de la religión católica que pretende revelar (Zambrano 2007: 186).

Frente a esas formas de cosificar la tradición, cuya imagen congelada del pasado impide, precisamente, la interpelación de su vigencia en el presente, opone Zambrano el momento de «fervor por la comunión con el hombre», en el que quedaría suspensa la distancia entre «el poeta en sentido genérico —hacedor, creador y el hombre (Zambrano 2007: 186).

Miguel Hernández encarnaría esa suspensión de la distancia entre el poeta y el hombre. Y puesto que no hay distancia, tampoco habría ruptura en la evolución ideológica de Miguel Hernández. No por ello faltan los momentos de crisis y de padecimiento. Alude Zambrano a «la crisis del Gallo» (2007: 187) en clara referencia a los contextos ideológicos de Miguel Hernández antes de la guerra civil, pero también a la decepción que supuso para el poeta militante su viaje a la Unión Soviética, a cuyo regreso sitúa Zambrano la última vez que se encontró con él. Así el reconocimiento en él de la unidad de lo humano y la fuerza creadora de la poesía, unidad que es también la persistencia del sufrimiento, le lleva a caracterizarlo como un creyente «del rayo que no cesa y del resplandor que no acaba» (2007: 89). Su fe estaría arraigada en algo originariamente humano que adopta la doble vertiente de padecimiento histórico y la fuerza redentora de la palabra poética. Y a partir de esa raíz humana se explicarían de forma unitaria aspectos aparentemente diversos como el compromiso político, su militancia comunista, las modulaciones de su palabra poética y su voluntad de amar —incide en la importancia que tiene para el poeta su mujer y su hogar—. Podría decirse que en esa unidad del hombre y la poesía acontece, propiamente un *re-ligar*, que no sólo da sentido, sino que permite soñar el sueño «del reino de Dios en la tierra» o si no, al menos, sumar fuerzas a una «España incompatible con el fascismo y que iba en busca de algo inédito, original y originario, aunque se hubiera llamado comunismo» (2007: 187)³.

Una fe poética que gana pureza y autenticidad cuanto más se aparta de modelos organizados teológicamente, o cuerpos

³ Desde los primeros momentos de la guerra civil Zambrano manifestó el aparentemente llamativo postulado de que en España no se daban propiamente las condiciones histórico-sociales, ni el clima moral o cultural, para que surgiera algo como

doctrinales y más se aproxima solidariamente a los múltiples niveles de la realidad humana. Por ello, no hay contradicción para nuestra autora entre el Miguel Hernández comunista y el anterior a la guerra, a pesar de los conflictos personales y de conciencia que pudiera atravesar, y que no harían sino ir revelando poco a poco ese último sentido, y como «purificación» entiende su militancia política y su papel en la guerra. Prefiere Zambrano la identificación de Hernández con el indígena antes que la habitual y manida caracterización del «pastor-poeta», lo que la lleva a una sugerente comparación con César Vallejo. Por último, en «Presencia de Miguel Hernández», con las formas de evocación propias de Zambrano, en las que predominan los elementos simbólicos antes que los datos más o menos precisos, se dan muestras de datos biográficos que Zambrano pudo conocer de primera mano, tales como el rechazo que provocaba en Lorca, su trabajo en la *Enciclopedia Taurina de Cossio*, y ella misma se presenta como testigo de la fuerza y brillantez con que Miguel Hernández irrumpió en el panorama literario madrileño de los años inmediatos a la guerra civil (2007: 182-183) .

Este planteamiento de no sobrepasar una auténtica medida humana y reintegrar en ella tanto las esperanzas como los padecimientos, la poesía y su sentido de trascendencia, así como algunos de los rasgos de Hernández que presenta Zambrano, conecta, a nuestro juicio, con no pocos aspectos de

el fascismo. Fruto este de la «angustia» europea y falsa salida a la crisis del espíritu en que desemboca la racionalidad de la Edad Moderna. Dada la divergencia histórica de España, el fascismo, entre nosotros, no podía representar más que una frivolidad o una impostura propia de ciertas élites que en el caso de ser élites intelectuales vendría únicamente a enmascarar los conflictos y problemas exclusivos de España, en lugar de pensarlos. Así puede verse en textos como «La inteligencia y el fascismo» o «El fascismo y el intelectual en España» en Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España*, Chile, Editorial Panorama, 1937, pp. 6-24.

la «Ponencia colectiva» que fue presentada al II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en julio de 1937. La ponencia contaba con la firma de Miguel Hernández junto a las de Arturo Serrano Plaja —quien la leyó—, Antonio Sánchez Barbudo, Ángel Gaos, Antonio Aparicio, Arturo Souto, Emilio Prados, Eduardo Vicente, Juan Gil-Albert, Lorenzo Varela, Miguel Prieto y Ramón Gaya. Nombres que forman en buena medida la redacción de la revista *Hora de España*, donde fue publicada en su número VIII (agosto de 1937), monográfico dedicado a dicho congreso. Por esas mismas fechas María Zambrano regresaba de Chile a España para unirse precisamente a la revista. Entre los firmantes no pocos miembros su consejo de redacción y artífices de la misma, y algunos de los poetas que al inicio de la guerra apenas habían dado sus primeras obras. Para Caudet, la «Ponencia colectiva» es un «documento generacional y de solidaridad intelectual» (1975: 45-46), en la que se sugiere la coincidencia de una nueva y joven generación literaria con la clarificación de esperanzas políticas surgidas a partir de la proclamación de la Segunda República. Un eje en que las preocupaciones culturales, políticas y humanas se expresan en estos términos:

Una serie de cuestiones nos atormentaban: lo puro, por antihumano, no podía satisfacernos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía tan sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya simpleza de contenido no podía bastarnos. Con todo, y por instinto tal vez, más que por comprensión cada vez estábamos más del lado del pueblo. Y hasta es posible que política, social y económicamente comprendiésemos la Revolución. De todos modos, menos de un modo total y humano. (1975: 356-357)

El nuevo humanismo integrador, la defensa del pueblo como sujeto que sufre y padece procesos históricos que no terminan de liberarlo, y con ella la defensa de sus manifestaciones culturales merecedoras de ser integradas con la alta cultura, se presentan más que como paradigmas o definidos programas políticos. Una inquietud semejante puede encontrarse en la obra de María Zambrano en conceptos como los de «realismo español», en que la cultura y la tradición literaria se convierten en campos propicios para ir descifrando ese anhelo profundamente humano que aspira a alcanzar su plena realización.

Algo parecido sucedería con la figura que de Miguel Hernández traza Zambrano y cuyas semejanzas con las inquietudes y anhelos de la «Ponencia colectiva». Una creciente disconformidad con lo existente y un profundo anhelo de plena liberación del ser humano sería la forma general que lleva al poeta del mundo católico y conservador de Orihuela a la militancia revolucionaria.

No podemos dejar de soslayar un pequeño apunte de naturaleza simbólica, cuando María Zambrano escribe sobre Miguel Hernández:

[...] venía a casa y salíamos a pasear por aquellos lugares de la entrada de Madrid, cuesta abajo calle Segovia, para sentarnos algún rato en el puente o sobre alguna piedra a la entrada de la Casa de Campo, solos y como si estuviésemos abandonados.

Al margen de si entre el poeta y la pensadora hubo un más que plausible y breve encuentro amoroso, y que tal vez estas palabras podrían evocar vagamente, en ellas encontramos algunos elementos que nos harían pensar en los planteamientos y prácticas estéticas de la Escuela de Vallecas, en la que Zambrano no puede considerarse que formara parte, pero sí, desde luego, personas muy próximas

a ella como Maruja Mallo y, junto a ésta, Miguel Hernández. Lo autoriza la imagen del paseo y de las afueras de Madrid, incluso la piedra en la que se sentaban. El nuevo y peculiar paisajismo de la escuela vallecana, su diálogo con la tradición pictórico y la propuesta de un arte re-humanizado bien pudo nutrir el lenguaje poético de Hernández. Sabemos por su biografía que su relación amorosa con Maruja Mallo y su relación de amistad con el pintor Benjamín Palencia, entre otros miembros de la escuela, situarían a Miguel Hernández en la órbita de esa estética. Lo que tampoco estaría muy alejado de los postulados de, por ejemplo, «Nostalgia de la tierra» (*Los Cuatro Vientos*, n.º 2, abril de 1933) donde trata de la recuperación de la materialidad del mundo, de lo sensible y material, como lugar primigenio de arraigo de lo humano y como ello merece ser reformulado más allá de la tachadura y negación que ha operado tradicionalmente sobre ello⁴ así como en aquellos pasajes en que se refiere al realismo y al materialismo español como constantes poético-culturales en *Pensamiento y poesía en la vida española*.

Podemos conocer algo más de la génesis del artículo «Presencia de Miguel Hernández» desde la publicación de la correspondencia de María Zambrano con el sacerdote Alfons Roig, especialista en arte contemporáneo, interesado en sus conexiones con lo sagrado, lector de poesía y amigo de poetas de la generación de Zambrano que a menudo busca en su correspondencia compartir reflexiones y datos y sin duda dispuesto a tender puentes y a buscar afinidades con los exiliados. De este modo es él quien anima y alienta a Zambrano a escribir sobre Miguel Hernández, lo que nuestra autora reconoció dedicándole «Presencia de Miguel Hernández». Un texto cuyo primer borrador llevaba el título de «Noticia de Miguel Hernández»

⁴ Sobre la Escuela de Vallecas, su génesis y su reformulación, así como el destino de alguno de sus integrantes tras la guerra civil puede verse, Chávarri, R. (1975). *Mito y realidad de la Escuela de Vallecas*, Madrid. Ed. Ibérico Europea de ediciones.

y que tuvo también, como vemos por las cartas, un dilatado peregrinar por no pocas posibilidades de publicación que no se realizaron hasta que finalmente apareció en el diario *El País*⁵. A la pura especulación pertenece la posibilidad de que acaso la imagen de Miguel Hernández trazada por Zambrano no fuera lo esperado en función de la fuerza simbólica pero parcial y algo mítica que la figura de Miguel Hernández representaba en esos años 70 en el marco general de la cultura española. También, la larga espera para publicar el artículo —estamos a finales de los años 70— dice bastante del no-lugar del exilio y de las difíciles relaciones con el interior.

Quien sí leyó el artículo fue Ramón Pérez Álvarez, paisano y compañero de prisión de Miguel Hernández en el Reformatorio de Adultos de Alicante. María Zambrano estableció contacto con él a raíz de su publicación, lo que le permitió ampliar de primera mano las noticias relativas a la muerte de Miguel Hernández y contrastar o confirmar otras relativas a sus últimos momentos en Madrid. Ramón Pérez Álvarez acompañó a Hernández en su agonía y, al parecer por iniciativa suya, otro recluso, José María Torregrosa, quien realizó un dibujo del rostro de Miguel Hernández, ante la imposibilidad de sacar una mascarilla mortuoria (Pérez Álvarez 2003: 169-170). A él se refiere como «el dibujo del ardiente cadáver de Miguel» (2003: 88). Lo ardiente es sin duda el hecho de que al poeta no le pudieran cerrar los ojos tras su muerte. Quizá la explicación forense sea menos relevante del signo conmovedor que encierra.

⁵ El artículo fue publicado en el Suplemento «Arte y pensamiento» de *El País* el 9 de julio de 1978, la dedicatoria reza «A don Alfonso Roig que en tiempos de oscuridad dio aliento de palabra y vida verdadera con la obstinación del agua». La correspondencia ha sido editada como *Epistolario Alfons Roig – María Zambrano (1955-1985)* edición de Rosa Mascarell Dauser, Valencia, Institució Alfons el Magnanim. Colecció Debats, 2007.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERROCAL, A. (2011). *Poesía y filosofía: María Zambrano, la generación del 27 y Emilio Prados*. Valencia, Pre-textos.
- CAUDET, F. (1975). *Hora de España (Antología)*, selección y prólogo de Francisco Caudet. Madrid: Ediciones Turner, pp. 45-46.
- CELA, C. J., (2001). *Memorias, entendimientos y voluntades*. Madrid: Espasa- Calpe.
- CELA, C. J. (2009). *Correspondencia con el exilio*. Barcelona, Destino, pp. 31-97.
- FERRIS, J. L. (2002). *Miguel Hernández, Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*. Madrid: Temas de hoy.
- HERNÁNDEZ, M. (1973). «LA MORADA-amarilla», en *El Gallo Crisis*, n. °2, Virgen de agosto, 1934, Orihuela, edición facsímil Ayuntamiento de Orihuela, pp. 21-22.
- BERGAMÍN, J. (1974). «Al que leyere... al curioso lector...» en Cruz y Raya. Antología, prólogo y selección de José Bergamín, Madrid, Turner, p. 10
- MARTÍN, E. (2010). *Miguel Hernández: el oficio del poeta*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ ÁLVAREZ, R. (2003). *Hacia Miguel Hernández*, edición de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet, Orihuela: Fundación Cultural Miguel Hernández.
- ZAMBRANO, M. (2002) *Cartas de la Pièce (Correspondencia con Agustín Andren)*. Valencia: Pre-Textos, p.18.
- María Zambrano, «Presencia de Miguel Hernández», en *Algunos lugares de la poesía*, Madrid, Ed. Trotta, 2007, p. 185.